

Semana del 30 de julio al 6 de agosto de 2017 (DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO)

“De un tesoro nos podemos apoderar; pero el Reino de Dios se apodera de nosotros”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: 1Re 3,5.7-12: “Pediste discernimiento”

Salmo: 118,57 y 72.76-77.127-128.129-130: “Cuánto amo tu voluntad, Señor”

2ª Lectura: Rom 8,28-30: “Nos predestinó a ser imagen de su Hijo”

Evangelio: Mt 13,44-52: “Vende todo lo que tienes y compra el campo”

Del Santo Evangelio Según San Mateo (Mt 13, 44-52) +++ Gloria a Ti, Señor

“...El Reino de los Cielos es como un tesoro escondido en un campo. El hombre que lo descubre, lo vuelve a esconder; su alegría es tal, que va a vender todo lo que tiene y compra ese campo. Aquí tienen otra figura del Reino de los Cielos: un comerciante que busca perlas finas. Si llega a sus manos una perla de gran valor, se va, vende cuanto tiene y la compra.

Aquí tienen otra figura del Reino de los Cielos: una red que se ha echado al mar y que recoge peces de todas clases. Cuando está llena, los pescadores la sacan a la orilla, se sientan, escogen los peces buenos, los echan en canastos y tiran los que no sirven. Así pasará al final de los tiempos: vendrán los ángeles y separarán a los malos de entre los buenos y los arrojarán al horno ardiente. Allí será el llorar y el rechinar de dientes.”

Preguntó Jesús: “¿Han entendido ustedes todas estas cosas?” Ellos le respondieron: “Sí.” Entonces Jesús dijo: “Está bien: cuando un maestro en religión ha sido instruido sobre el Reino de los Cielos, se parece a un padre de familia que siempre saca de sus armarios cosas nuevas y viejas.”

Palabra del Señor / **Gloria a Ti, Señor Jesús.**

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

En la primera Lectura del domingo, veíamos que Dios se le aparece en sueños a Salomón, hijo de David y le dice “pídeme lo que quieras”. Seguro de que estaba allí porque Dios le había dado ese reino, el joven rey le pide sabiduría de corazón para poder gobernar a ese pueblo tan numeroso. Contento con esa petición, el Señor le concede lo que le ha pedido y le dice: “Te voy a conceder, además, lo que no me has pedido: tanta gloria y riqueza, que no habrá rey que se pueda comparar contigo.” (Cfr. 1Re 3,5.7-12).

Muchas veces, como a Salomón, el Señor nos pide algo, nos otorga una misión que, humanamente, nos sentimos pequeños e inútiles para llevarla a cabo, al punto que sólo nos queda suplicarle su favor para no fallarle. Pero sabemos por la fe que Dios no se equivoca, y cuando pedimos su ayuda y su guía, que Él nos conceda la luz y la fortaleza para hacer su voluntad, nos concede lo que le pedimos y aún mucho más, que no alcanzamos a pedir.

¡Ese es nuestro Dios! que como dice Pablo en la segunda Lectura *“a quienes predestina, llama, a quienes llama, justifica, y a quienes justifica, los glorifica.”*

Por eso rezábamos con el salmo 118: *“Señor que tu amor me consuele, conforme a las promesas que me has hecho. Muéstrame tu ternura y viviré, porque en tu Ley he puesto mi contento”.*

En el Evangelio que repasamos hoy, Jesús sigue tratando de hacernos comprender, por medio de parábolas, lo que es el Reino de los Cielos; pero a diferencia de lo que leíamos en los Evangelios de los dos domingos anteriores, ahora ya no nos habla de la simplicidad y pequeñez del Reino, sino que al contrario: complementando lo que ya nos dijo, desea más bien llamar nuestra atención sobre la inmensidad de su valor...

Para ello se sirve en principio de dos ejemplos, a través de los cuales compara claramente al Reino de los Cielos con dos de los bienes más preciados a los que se podría aspirar, especialmente en aquel tiempo.

Las dos historias habrán resultado muy apropiadas y fáciles de entender para quienes le escuchaban, por varios motivos: En primer lugar, porque en aquella época en que no había bancos, el enterrar dinero era la forma más común y segura de guardarlo; en segundo lugar, porque también en la Palestina más antigua, había sido muy frecuente que se enterrara a las personas en sus propiedades, junto con sus joyas y riquezas; en tercer lugar, porque la actitud de encontrar, volver a ocultar y salir corriendo a buscar el modo de hacerse de esas tierras, sería el procedimiento más humano que cualquiera podría imaginar, frente a una circunstancia semejante... "¡Que nadie se dé cuenta: compro esto por mucho menos de lo que vale y hago el negocio de mi vida!"... Finalmente, porque las perlas eran las joyas más codiciadas en aquel tiempo, y evidentemente existían algunas tan valiosas que, en virtud principalmente de su brillo y su tamaño, podían cambiarse por otras muchas de menor valor...

Así como los discípulos de Jesús manifestaron haber entendido claramente estas parábolas, tampoco será para nosotros difícil el interpretarlas: El Reino de los Cielos vale más que cualquier cosa por la que nos podamos afanar en esta vida: riquezas, poderes, placeres, prestigio, reconocimientos, alegrías, etcétera. Pues todo lo que podamos obtener en este mundo, será siempre poco, y por poco tiempo, en relación con lo que será la Vida Eterna al lado de Dios: ¡Tener al Todo y para siempre...! ¡Qué importante sería tener presente esta visión todos los días de nuestra vida, y más aún, poder compartirla especialmente con nuestros seres queridos...!

Pero el Reino de los Cielos no es solamente la "tierra prometida", a la que con la bendición del Señor y la ayuda de Su Gracia llegaremos al cerrar los ojos (o luego de "pagar" algunas culpas en el purgatorio), sino que es una Realidad que ya se debe construir en y desde este mundo... Es también el **GOZO** que Dios nos hace sentir con sus presencias en esta vida; gozo que nosotros debemos tratar de compartir con quienes nos rodean y con aquellos a quienes Dios nos mande a Evangelizar, a hablarles en nombre de Él.

El Reino de los Cielos ahora es, finalmente, Cristo mismo. Encontrarse con Él y, una vez que se está bien sujeto a Él, dejarse proyectar por Él a una lucha generosa y solidaria en favor de los demás, de tal manera que todos los intereses personales pasan a segundo o tercer plano. El tesoro es Él y todo aquello que Él significa.

Dice por allí un predicador que *"cristiano no es cualquier persona que haya sido bautizada, sino aquella que ha encontrado el tesoro auténtico, la persona que ha hallado a Jesús. (Que) no se trata pues solamente de ser 'seguidores', sino PRIMERAMENTE 'descubridores' de Cristo"*.

La gran paradoja es que, para “ir descubriendo” a Cristo, hace falta primero alimentar la vida del espíritu, a través de la oración humilde y confiada, del servicio generoso a los hermanos, lo cual muchos no están dispuestos a hacer, porque sin saberlo, sirven a otros “dioses”... Pero la buena noticia es que este descubrimiento, cuando llega, ilumina todos los rincones de nuestra existencia, y nos encamina en una marcha definitiva, cargada de luz y de amor, hacia la Eternidad.

Buscar la felicidad en este mundo, y sin Dios, no es sólo el más común de los errores, sino también el más lamentable; porque la experiencia nos muestra que, cuanto más alcanza el ser humano, en materia de “satisfacciones” materiales y terrenas, por lo general más profunda se hace su sensación de vacío e insatisfacción interior, dado que no tardan en aparecerle nuevas “necesidades”, y es que la dimensión espiritual del ser humano reclama con gritos inaudibles por el Absoluto...

El hombre está hecho de tal medida que sólo Dios le puede llenar... La vida cristiana es un camino de plenitud y alegría verdadera, porque toda ella está encaminada a poseer a Dios, el Único Ser que puede calmar la necesidad de felicidad del hombre.

“Nos hiciste para ti, Señor e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti” (dice San Agustín en sus “Confesiones” 1,1). El cristiano debe saber vivir en este mundo sin ser del mundo, debe aprender a valorar en su justa medida los bienes de este mundo, sin anclar su corazón en ninguno de ellos. Más aún: debe estar dispuesto a deshacerse de todo, consciente de que su única posesión verdadera es Dios.

En las dos primeras parábolas del Evangelio que acabamos de releer, se nos describen sucesos acontecidos alrededor de algo muy valioso, pero entre los dos existe también una clara diferencia: El hombre de la primera parábola **encuentra accidentalmente** el tesoro, mientras que el hombre del segundo ejemplo **busca** las perlas finas... De hecho, se dedica a eso: es lo que sabe hacer y aquello de lo que vive...

Esta diferencia es importante, si se tiene en cuenta lo que el Señor nos quiere decir, y es que así como algunos encuentran a Jesús “sorpresivamente”, porque Él quiere revelárseles en el momento en que a Él le pareció oportuno, desde el principio de la eternidad, hay muchos otros que andan buscando un sentido para su existencia, buscan ese tesoro que les haga sentir vivos y plenos, hasta que de pronto, Él se deja hallar...

Sin embargo, más allá de la forma concreta en que se nos haya presentado por primera vez, a cada uno de nosotros, ya sea que pertenezcamos al grupo de los “accidentales” o de los “buscadores”, lo cierto es que, cuando finalmente iniciamos un camino de conversión, a todos se nos presentarán ambas situaciones, en diferentes momentos, de tal modo que podremos decir que, “entre el buscar y encontrar transcurrirá nuestra vida espiritual”, pues a casi todos nos sucederá que, por momentos, Dios “se aparece Solo”, y en ocasiones, deberemos buscarlo más esforzada y conscientemente...

En la tercera parábola (que en cierto modo nos recuerda a la de la cizaña y el trigo, leída el domingo anterior), Jesús terminará de “redondear” la idea de lo valioso que es el Reino de los Cielos y de qué tan importante es “encontrarlo”, mientras tenemos la oportunidad de hacerlo... ¿Entre qué “peces” te gustaría estar cuando los ángeles estén eligiendo entre las redes?

No podemos leer este pasaje del Evangelio sin acordarnos de la historia REAL (resaltamos lo de “real” porque esa no fue una parábola)... del joven rico que se encontró con Jesús...

Este muchacho de Judea, que se le acercó a preguntarle qué debía hacer (además de cumplir con los Mandamientos) para alcanzar la vida eterna...

“Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme”, le dijo Jesús. (Mt 19,21) Inmediatamente, los tres Evangelios sinópticos (es decir, el de Mateo, Marcos y Lucas) nos dicen que, al oírlo, el joven se entristeció, **“porque era muy rico”**... Jesús dirá entonces algo que puede sonar terrible: **“¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!”** (Lc 18,25)

Si la mayoría de los hombres entendiera y CREYERA lo que Jesús quiso decir al pronunciar esa sentencia, probablemente más de la mitad de los males desaparecerían de inmediato de faz de la tierra. ¡Cuánto daño, cuánta destrucción! ¡Cuánto desastre y cuánto dolor existen en el mundo a causa del dinero, del poder y de las cosas que están relacionadas con él!

Y no es que el dinero sea malo, ni que aquellos que lo tienen sean perversos... El problema está en la actitud que se tiene, muchas veces, en relación con lo material... El problema está en los apegos, en la falta de generosidad, en no saber o no querer compartir lo poco o mucho que se tiene.... En perder de vista que TODO lo que somos y lo que tenemos, le pertenece a Dios.

Quienes caen en la dinámica, en el juego o en la lógica de la riqueza, o del poder terreno, del lujo y del placer, de la manipulación y del dominio, se olvidan muy rápidamente de Dios y del fin último para el cual fueron creados; llevan esa lógica y esa forma de actuación a todos los ámbitos de su vida y, consecuentemente, se pierden para siempre. **“¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? ¿Y qué dará el hombre a cambio de su vida?”**, pregunta Jesús en Marcos 8,36-37. Nada tienes para dar, pues tu vida misma no te pertenece...

Son innumerables los pasajes del Evangelio a través de los cuales Jesús trata de advertirnos sobre el peligro que encierra una vida centrada en el “yo”, en el “aquí”, y en el “ahora”. Luego de habernos preparado por dos semanas hablándonos del poder de lo pequeño y lo sencillo, hoy Jesús revela ante nuestros ojos dónde está y cuál es el verdadero tesoro que debemos, por todos los medios, tratar de alcanzar.

Pidamos pues a la Bienaventurada siempre Virgen María y a nuestros santos patronos que nos ayuden siempre a caminar por la senda del bien, de la humildad y de la entrega a las cosas de Dios, como ellos lo hicieron.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)

a) Sinceramente: ¿dónde están puestos mis “tesoros” personales...? ¿Están en la tierra

o en el cielo?

b) ¿Sería yo capaz de dejar absolutamente todo, por conseguir el tesoro más preciado, que es la Vida Eterna?

c) ¿Cuánto valor tiene para mí la tranquilidad y el placer en la vida terrena, frente a la felicidad eterna?

d) ¿Cuál es el balance de mis “inversiones”, tanto materiales como espirituales...?
¿Cuánto tiempo, esfuerzo y dinero dedico a los bienes terrenales, y cuánto a los celestiales?

e) ¿Qué estoy haciendo para que en mi familia, se consideren más los valores espirituales que la riqueza material?

4.- Comentarios de los hermanos: *(Luego de un momento de silencio se concederá la palabra a los hermanos para que expresen sus opiniones. Promoveremos la participación de todos.)*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica

546 Jesús llama a entrar en el Reino a través de las parábolas, rasgo típico de su enseñanza. Por medio de ellas invita al banquete del Reino, pero exige también una elección radical: Para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo; las palabras no bastan, hacen falta obras. Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra? ¿Qué hace con los talentos recibidos? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para “conocer los Misterios del Reino de los cielos”. Para los que están “fuera” (Mc 4,11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (Cfr. Mt 13,10-15).

548 Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (Cfr. Jn 5,36; 10,25). Invitan a creer en Jesús (Cfr. Jn 10,38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (Cfr. Mc 5,25-34; 10,52). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquel que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que Él es Hijo de Dios (Cfr. Jn 10,31-38). Pero también pueden ser “ocasión de escándalo” (Cfr. Mt 11,6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos; incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (Cfr. Mc 3,22).

549 Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (Cfr. Jn 6,5-15), de la injusticia (Cfr. Lc 19,8), de la enfermedad y de la muerte (Cfr. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo, sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (Cfr. Jn 8,34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

2632 La petición cristiana está centrada en el deseo y en la búsqueda del Reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús. Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino (“Venga a nosotros tu Reino”), a continuación lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida (“Hágase tu Voluntad, así en la tierra como en el Cielo”). Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo, que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad apostólica. Es la oración de Pablo, el apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana. Con la oración, todo bautizado trabaja por la

Venida del Reino.

2633 Cuando se participa así en el amor salvador de Dios, se comprende que toda necesidad pueda convertirse en objeto de petición. Cristo, que ha asumido todo para rescatar todo, es glorificado por las peticiones que ofrecemos al Padre en su Nombre (Cfr. Jn 14,13). Con esta seguridad, Santiago y Pablo nos exhortan a orar en toda ocasión (Cfr. Stgo 1,5-8; Ef 5,20; Filip 4,6-7; Col 3,16-17; 1Tes 5,17-18).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CS 81 Atiendan pues Mis cosas, busquen Mi Reino y Su justicia, que Yo no dejaré de proveer a sus hijos de lo que necesiten y ustedes se salvarán y conseguirán aquel tesoro de felicidad eterna que nadie les podrá quitar... Usen de los bienes temporales únicamente para conservar la vida en el breve plazo de tiempo que han de vivir. Mediten sin cesar que están aquí como pasajeros, pero encargados de una comisión muy importante: su salvación y la salvación de sus hermanos.

7.- Virtud del mes:

Por esta semana más, practicaremos la virtud de la **Fe** (Catecismo cánones: 1666—2609—2690—2087—2088—2089)

Esta Semana veremos el canon 2089, que dice lo siguiente:

2089 La incredulidad es el menosprecio de la verdad revelada o el rechazo voluntario de prestarle asentimiento. “Se llama herejía la negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; apostasía es el rechazo total de la fe cristiana; cisma, el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos”. (CDC can. 751).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CS-37 ¿Qué milagros buscan los que no creen? ¿No ven el continuo milagro que es Mi Iglesia que, en vez de morir, vive cada vez más fuerte entre las naciones, aunque a veces perseguida? Verdaderamente ciegos y guías de ciegos los que niegan al catolicismo y a Mi Papa actual. ¡Tienen ante sus ojos enormes vigas y pretenden iluminar el mundo con otras doctrinas! Ya existe la luz y es espléndida, mírenla bien y quedarán cautivos.

Quieren milagros para creer, los quieren para justificarse y como no los ven, condenan sin juzgar debidamente.

Pero Yo vivo siempre en los Míos, no oigo las otras necias exigencias y en vez de hacerlos ver, dejo que se vuelvan cada vez más ciegos.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Aprovecharé las horas de comida para reflexionar con mi familia sobre nuestra escala de valores. Meditaré frente al Señor en cuánto valor tiene realmente para mí la edificación del Reino. Si aún no lo hubiera hecho, me comprometeré seriamente a contribuir con el sostenimiento de esta Obra, a través de la ANE-Ofrenda misionera.

Con la virtud del mes: Prestaré atención a la influencia que ejercen los medios de comunicación en mi familia. Trataremos de seleccionar con mejor criterio los contenidos para proteger nuestra fe.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse*

brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.